

**SEMINARIO TALLER:
ESTRATEGIAS METODOLOGICAS CREATIVAS
PARA EL AREA DE LENGUA.**

**PONENCIA:
POSIBILIDAD Y LIMITES CREATIVOS DE LA PALABRA.**

Angel Orcajo

INTRODUCCION.

Este trabajo se ubica dentro del planteamiento general de la palabra y la creatividad, pero sólo en una perspectiva filosófica, no en la perspectiva científico lingüística ó en la estética.

Se apoya en algunas intuiciones de la Fenomenología de Brentano, Husserl, Merleau Ponty, a las que aplica, ojalá que sin deformarlas, el manejo estructuralista del planteamiento. No se considera la estructura lingüística en sí misma, como lo hace Saussure, por ejemplo, sino la estructura provisional que se produce en el acto concreto de emitir significados.

I.- LA PALABRA COMO FUNCION SIGNIFICATIVA.

Se dice que la palabra es "el espejo personal" que nos refleja el mundo, pero, exactamente, la palabra ni es espejo, ni tampoco mero reflejo. Ni es una cosa, ni tampoco funciona mecánicamente de acuerdo a leyes de una estructura autónoma, generativa o socializada. (Chomsky, Vygotski). La palabra es más bien , una función; es el acto de un sujeto social e histórico, con el que se refiere, se apropia y reconstruye la realidad que está a punto de descubrir, pero al mismo tiempo ausente. Por algo el platonismo colocaba la verdad, más que en un lugar o en un momento determinado, erg un progresivo acercarse al "uranos", al que, por otra parte, nunca se llega del todo. Por eso mismo siempre quedará un camino abierto para la creatividad y el tanteo. Aunque crear, entendemos, no sea caminar, precisamente, hacia afuera, sino también hacia nosotros mismos.

La palabra cumple, efectivamente, una doble función: es significante y es significado. Es un significante personal, por cuanto en ella siempre está presente un alguien determinado que, a su manera y desde su situación, señala y apunta hacia la realidad. Al mismo tiempo es un significado, por cuanto contiene y mimetiza la realidad verbalizada. Entendemos por realidad, en este caso, todo lo que pueda ser considerado, todo lo que se pone ante la conciencia: cosas, sucesos, sentimientos, valores, intenciones y hasta la palabra misma, en cuanto ésta puede observarse y reflexionarse a sí misma. La flexibilidad, junto con la simbolización e idealización, son consideradas, precisamente, como las características peculiares del lenguaje humano. (1).

Nosotros nos vamos a ocupar de la PALABRA-SIGNIFICADO, es decir, en cuanto significa y simboliza algo. Conforme a la categoría fenomenológica de la intencionalidad de Brentano, la realidad in-existe, existe-en la palabra símbolo del sujeto. El mundo se pone a existir en los significados concretos de cada sujeto. Se verbaliza. Más. El mundo sólo se existencia para nosotros a través del significado. Mundo que no se pueda afirmar, siquiera de una manera aproximada, objetiva o metafóricamente, es un mundo que, para nosotros, simplemente no existe. O se hace presente por medio del significado o desaparece de nuestra vida. Vivimos sólo

en un mundo de significados. Como dice Merleau Ponty, estamos condenados al significado. El mundo personal es el conjunto de los propios significados. Cada uno habita y tendrá que habitar inexorablemente el mundo singular expresado en sus significados. Cada uno vive en el mundo que cree percibir y comprender. En este sentido, la palabra es, efectivamente, la casa del hombre, como decía Heidegger.

De hecho, pues, no vivimos en un mundo natural, sino en un mundo cultural: el de los propios significados. La realidad que no tenga cabida en la palabra-significado, siquiera de un modo aproximado, neblinoso, se hace inafirmable, no existe para nosotros y, por tanto, deja de ser referencia frente a la cual se pueda juzgar o elegir la propia vida. En ese caso estaríamos, radicalmente, sin saber qué hacer. Podemos, eso sí, reconocer el significado que, por ejemplo, tiene la ametralladora para un guerrillero. Es posible que no lo compartamos. No lo reconoceremos como propio, sino del otro. Pero ésto ya es suficiente para saber a qué atenernos en nuestra vida. Aquí ya hay un significado y, a través de él, un mundo en el cual vivir.

La palabra no refleja neutramente el mundo, sino que lo reconstruye de acuerdo con la óptica situacional de cada uno: cultural, afectiva, social, escenográfica. De ahí la diversidad caleidoscópica de significados producidos por los distintos sujetos ante una misma realidad. Esta cristaliza en imágenes diversas; se despliega en juegos de imágenes diferentes, dotados cada uno de ellos de su propia lógica interna. Cada hombre tiene su mundo. También Popper había hablado, no de una verdad existente, sino de juegos de verdades que deciden de un modo autónomo y relativo su significado, de manera que lo que resulta válido en uno de ellos, quizá no lo es en el otro. (2). El mismo Wittgenstein, en sus Investigaciones Filosóficas, habla del "juego de palabras", en paralelismo con el juego de fútbol, en el que cada jugada se valora en función del equipo y de su ubicación. Todo ésto indicaría, por lo menos, que nuestros significados no son un reflejo neutro de la realidad, sino reconstrucciones momentáneas, perspectivitas, de la misma. Pero, además, estos significados no sólo encarnan la situación y la historia del sujeto que los produce, sino que a través de él transportan e incorporan categorías lógicas y axiológicas del grupo social al que pertenece, sin negar la posibilidad de una cierta selección cognitiva.

En conclusión. La palabra no es un espejo, sino una función viva. No es personal, sino social. No es un reflejo, sino una reconstrucción.

II.- LA PALABRA COMO JUEGO.

Alguien ha definido al hombre como un ser que juega, homo ludens, y a la palabra como uno de sus juegos. Efectivamente el hombre puede hacer de la palabra un juego, dramático o divertido. Un juego capaz de montar y desmontar mundos momentáneos y fascinantes. A veces pareciera que la palabra llega a dominar al hombre y a llevárselo en su propio vuelo o locura, como si quedara deshabitada y marchara a tumbos, por sí sola, sin control, como en el ebrio. De todas formas, aún en estos casos en que la palabra queda reducida casi a mero fonema, y casi se desvincula de toda significación personal, siempre hay un grado de presencia del sujeto. Es él mismo, antes que la palabra, el que vive una situación emocional, psíquica, neuronal, muy peculiar. En la palabra vacía o delirante está presente un sujeto de esas mismas características. Y cuando la palabra, en un caso extremo, no se cargue de ningún grado de conciencia, habrá dejado de ser signo, palabra, y será sólo ruido, sonoridad.

La palabra refleja las tonalidades de las múltiples facetas de la existencia en un momento dado. Todas están presentes en esa pequeña representación holográfica de la vida que es cada palabra. Creo que cada palabra es un pequeño recuerdo apretado, una huella de nuestro completo existir

en un momento determinado. La palabra, auxiliada por su contexto, nos hace asistir como testigos de lo posible y de lo imposible. Nos hace amar, reír, llorar, estremecernos, no por su calidad fonética o gramatical, sino porque construye mundos significativos de amor, risa o llanto. Ese es su juego y esa es la magia demiúrgica de la palabra.

A veces se ha tomado tan en serio su poder creador que, como ocurre en la cultura oriental bíblica, se la identifica con las cosas mismas o con el poder superior que las produce. O se pretende dotarla de una autonomía interna tal, que se mecaniza su desarrollo: ¿Quién habla en la palabra? La palabra misma, respondía M. Foucault (5).

Pero no parece cierto un supuesto poder de la palabra para crear infinitos significados, Esa posibilidad tiene sus límites concretos en cada momento, aunque no sean fáciles de Visualizar. En el habla, como diría Saussure (6), cohabitan dos factores que se estructuran en una unidad: el hablante y lo hablado. Un hablante, siempre situado en una circunstancia particular, que cuenta, entre otros recursos cerebrales o culturales, con el de una lengua de alcance determinado. Ambos, sujeto y objeto, en un proceso circular, recíproco, se auto constituyen y se auto limitan. La pluralidad de mundos que la palabra puede crear es, sólo, el reflejo de los matices posibles en la relación mutua de estos dos participantes. Esta es nuestra hipótesis. Esos matices podrán ser, ciertamente, muy numerosos, pero, al fin, limitados.

III.- LA PALABRA COMO UNIDAD ESTRUCTURAL.

Con toda legitimidad Baudelaire puede hablar, metafóricamente, de un color dulce o de un olor frío, por ejemplo. Su creatividad ha consistido, en primer lugar, en marcharse de la perspectiva rutinaria e instalarse, diríamos, detrás de una burbuja de colores para mirar al mundo. Eso debe tener la ventaja relativa de obtener imágenes más cálidas, más cargadas de sensaciones. No percibe un objeto físicamente diferente al de los demás. Sólo cambia la óptica que centra al objeto. Pero no sólo el discurso artístico, poético, sino también el científico, el fabulado, el ideológico y cualquier otro, se ven precisados a seleccionar y a ocupar una óptica determinada. Una. La que supuestamente vaya bien con su intención y objetivos. Por eso que los métodos de investigación sólo serán el montaje, la puesta en marcha, de su propio perspectivismo, de la intención del investigador. Al fin y al cabo ninguno de ellos nos va a ofrecer la imagen original del mundo, sino solamente versiones particulares del mundo, en vista de que el mundo real en-si-mismo es inalcanzable, ausente. Sólo tenemos a mano el mundo in-existenciado en unos significados que, por cierto, no sólo dicen cómo es el mundo percibido, sino también cómo es el sujeto que lo percibe. La palabra- transmite las características del uno y del otro, de su situación concreta, incluso de sus carencias. La palabra nos coloca afuera de nosotros mismos, a la vista de los demás.

La filosofía de la modernidad: Descartes, Leibniz, Kant, Locke en particular, habían afirmado la actividad del cognoscente y el "representacionalismo", como la única forma epistemológica de hacernos con el mundo. Vivimos en un mundo de representaciones. Nietzsche, Schopenhauer, han vuelto a insistir en lo mismo. Los datos de cualquier percepción o reflexión no son asumidos en su desnudez, sino que se les selecciona, recibe y organiza, dentro de una determinada estructura mental y personal que elabora a partir de lo que preexiste en ella y de los datos, su propia representación. De modo que son dos los factores integrados y correlacionados en cada uno de los significados. El uno no se da sin el otro. No hay tal espectáculo, si no se da tal espectador. Y no hay tal espectador, sino en presencia del tal espectáculo.

Por cierto que la palabra puede aparecer en escenarios muy diferentes. Por ejemplo: junto a un lecho definitivo de muerte, en una obra de teatro, en una conversación rutinaria semidormida, en la voz acariciante de una baladista, en un juez que sentencia, etc. El escenario matiza la palabra del que habla y del que escucha y, por tanto, es parte de la unidad estructurada que es el significado producido. No sólo la palabra está en el escenario, sino que el escenario está en la palabra y la invade por dentro, dándole un toque lógico y emocional. El es parte de la circunstancia concreta en que se descubren mutuamente el objeto y el sujeto. La teoría de la comunicación dirá que el escenario es parte del contexto o referente y que, por tanto, él Junto al código y al medio utilizado, junto al emisor y al emisario, condiciona el alcance del significado.

La palabra personal, que es al mismo tiempo reflejo social, fija las características y los límites del mundo que cada uno habita. Porque la palabra que nos da el mundo, al mismo tiempo nos lo limita. Y más allá de la palabra símbolo sólo queda el vacío. El vacío es el espacio donde se nos acaba la palabra. El mundo podría continuar ahí afuera, pero no te lo puedes apropiarse sino a través de la representación, de la palabra. Sin embargo, el vacío es algo muy diferente al silencio o al ensimismamiento. Estos pueden estar llenos de reflexión y de pactos con la vida, el vacío no. Más allá de la palabra, quizá la vida se podría sentir de un modo ciego, sordo, pero no podríamos hacernos cargo de su presencia por ser radicalmente inexpresable. El mundo que imaginamos o que amamos, se asoma para nosotros, como tal, a través de la palabra, del signo.

El mundo del hombre es del tamaño de su palabra, se dice. Sin embargo, lo opuesto, también parece verdadero: la palabra del hombre es del tamaño de su mundo. Como quien dice, la condición para fotografiarle es que este ahí delante. Hablar es hablar algo, fotografiar algo. Hablar de nada, sería no hablar. Sin embargo, no se puede olvidar que el descubrimiento de la progresiva objetualidad del mundo es también un proceso histórico. (7). Que no está dado de una vez. Mañana podremos ver en las cosas, en nosotros mismos, aspectos objetuales que todavía no hemos descubierto. Pero eso sólo ocurrirá mañana, cuando produzcamos esas condiciones. Hoy por hoy, esa objetualidad tiene un límite determinado para cada uno y sólo hasta ahí puede llegar la palabra. Cuando el objeto nos asome más de su propia realidad, entonces estaremos en condiciones de plantear, frente a él, una relación significativa nueva. Como decía M. Foucault, «en cada momento sólo hay una episteme posible. (8).

Creemos que el planteamiento estructural acerca de la palabra-significado es esclarecedor de su naturaleza y de su función, y por tanto, de sus posibilidades y límites. Veamos. Asumimos la palabra, en este caso concreto nuestro, como un factor integrante del acto epistemológico y, en definitiva, como posesión y expresión significativa de algo, por más impreciso que sea. La palabra es, desde luego, un instrumento de comunicación social y es también un miembro de la estructura lingüística, pero ahora nos interesa observarla sólo como el acto con el que alguien produce significados.

La palabra-significado, o si se prefiere, la palabra a través de la imagen contenida en ella, se conecta, por un lado, a la realidad aludida, y por el otro, al sujeto. Siempre será palabra de un alguien, acerca de un algo, real o imaginario. Los dos se encuentran presentes dentro de la palabra. Cada uno con su configuración concreta para ese momento. Pero no se hallan aislados, mutuamente separados, sino en una recíproca interacción. Es una relación dialéctica mutuamente constitutiva. El objeto es dicho por un sujeto concreto y el sujeto es informado por la presencia del dato. Se produce entonces, diríamos, una invasión, una energización mutua. Si cambiara cualquiera de los dos factores, o de sus circunstancias, cambiaría automáticamente el significado. No es el ser de cada uno de ellos, sino la correlación circunstancial establecida, la que decide el significado.

Por eso es que, a veces, buscamos el-momento psicológico, el contexto o escenario provocador, para hacer la persecución y quizá la captura exitosa de un nuevo significado científico, filosófico, poético, etc. La palabra-significado es el resultado emergente de esa interacción mutua y circunstancial. Ahí están cifradas la posibilidad y los límites de la palabra.

La condición bio-física y psico-cultural del hablante, no sólo configura al propio sujeto, sino que, de paso, predetermina la correlación posible con su entorno, y de ahí, los significados emergentes. En particular: la maduración - biológica, la utilización de ambos hemisferios cerebrales y del sistema límbico, la evolución de las estructuras mentales, lingüísticas, personales; las condiciones sociales y culturales experimentadas, las psíquicas y emocionales conscientes o inconscientes; los valores, las intenciones y proyectos, todo el muy complejo mundo antropológico, ingresa activamente en esa unidad estructural. Y basta con que se altere uno de ellos para que la estructura resultante se transforme. Entonces, ¡cuánto mundo por crear!. Igualmente la realidad, físicamente presente o sólo recordada, pensada o amada, natural o cultural, verdadera o falsa, ingresa en esa misma unidad estructural que es el acto significativo. El resultado: la palabra. Una realidad emergente, frágil, a punto de perder actualidad, que no preexistía exactamente en ninguno de los dos miembros intervinientes. Esta relación que explica la génesis de nuestros significados probablemente también explica el fenómeno que llamaríamos "desmemoriación voluntaria» y que debe ser distinta del puro olvido. Porque mientras unos significados son colocados en el centro de la atención personal, son buscados, otros son orillados o empujados hasta expulsarles del campo perceptivo o reflexivo.

Cuando Vigotski, a la hora de afirmar que no se corresponden las estructuras conceptuales y las verbales, dice que "la lluvia de palabras no producen las mismas ideas", debe tener razón. Ni la lluvia de palabras, ni las de situaciones emocionales semejantes, ni las imágenes perceptivas, producen en los distintos sujetos o situaciones las mismas ideas. La realidad se nos quedaría muda, oculta, si no hubiera un sujeto capaz de verla y oíría. ¡Cuántas sinfonías y poesías, cuántas intuiciones científicas maravillosas o sociales, están enterradas en el silencio y es como si no existieran ! Les ha faltado el sujeto que las llegue a in-existenciar, que les dé vida en su propia vida. Y si ésto llega a suceder, ocurrirá que cada uno les va a dotar de una forma y de un grado diferente de existencia. La cualidad creativa de la palabra es una cualidad emergente, estructural. Según la fenomenología, la palabra consolida en sí misma lo dado y lo puesto.

El límite creativo de la palabra no está exactamente en la opacidad de la realidad que se niega a dejarse desvelar. Tampoco está sólo en las condiciones concretas del sujeto, sino en la mutua correlación. Así se explica, en parte, que algunas personas sean tan hábiles en un área y tan torpes en otras. Los planteamientos teóricos, por ejemplo, no son en sí mismos fáciles o difíciles. Lo serán para determinado estudiante. Como en tantos otros efectos estructurales, el meollo de la cuestión no está en los términos, en su cuantitativismo, en su más o menos, sino en la relación que se cumple o se deja de cumplir entre ellos. De aquí se desprende también que una metodología de investigación analítica, meramente lineal y acumulativa, en psicología por ejemplo, no será capaz de dar cuenta de fenómenos estructurales. (9).

La palabra queda detenida cuando las condiciones estructurales internas no permiten cerrar el circuito. En ese caso no se producirá el chispazo, el significado creativo, o aparecerá otro inesperado. Piaget distingue entre las condiciones de acceso y de constitución del acto epistemológico. Las de acceso, siempre muy importantes, vendrían dadas por las características, los recursos concretos, que presentan tanto el sujeto como el objeto. No es lo mismo, por ejemplo, acercarse a la realidad a través de una sensación puramente auditiva, que a través de la percepción visual o cinestésica o global, que aportarán más y obligarán al ejercicio

más completo de las propias facultades. No es lo mismo observar la realidad a través de la percepción normal que a través del auxilio de un instrumental técnico o de una formalización matemática. Hay representaciones meramente ordenadoras, otras son icónicas (en el espacio), otras son simbólicas, etc. Pero la constitución del significado dependerá directamente de la correlación concreta que se establezca dentro de esa unidad estructural y transformante que es cada acto significativo. (10).

IV- TRES OBJECCIONES APARENTES.

1a. Alguien podría pensar que en el lenguaje poético o en el delirante, el hombre no se encuentra ya con el mundo sino sólo consigo mismo, con sus propias fantasías. De ese modo desaparecería la relación dual que hemos venido planteando. Pero no; porque no es lo mismo hablar consigo mismo, que romper la vinculación con el mundo. Aunque fuera un monólogo y aunque se refiriera a sí mismo, no por eso deja de referirse a "algo". Su lenguaje apunta hacia un afuera de sí mismo, a algo que se pone ante su conciencia. En caso de hablar de sí mismo y aún de su intrincada capacidad reflexiva, se estaría desdoblado en la doble función de sujeto y objeto. Continuaría siendo un alguien que habla de algo, «el comentarista de sí mismo».

El lenguaje delirante, tan necesario a veces para evadirnos de la rutina insolente, según L. Brito García (11), si resulta terapéutico es porque nos habla de otra realidad y nos construye otros mundos donde sentirnos. Pero éstos se in-existencian y se presentan ante nosotros justamente a través de la palabra. Ellos serían, entonces, el segundo extremo de la inevitable correlación.

2a. La filosofía Analítica del lenguaje prefiere no hablar de proposiciones verdaderas o falsas, sino de proposiciones con sentido o sin sentido. En el segundo caso, según la recomendación de Wittgenstein, lo mejor es callarse. Y es posible que, dentro de las reglas precisas del quehacer científico, algunas proposiciones no tengan sentido y deban ser descalificadas. Pero, cuidado, el discurso científico no es el único posible. El hecho de no llegar a la realidad por esa vía particular, en un momento dado; no niega otras posibilidades. Simplemente, ahí no se cierra el circuito, no hay creación científica. El hombre puede colocarse en otras muchas perspectivas frente a la realidad, científicas o no. Eso hará posible su palabra. Verdadera o falsa, teórica o práctica, no deja de ser su imagen del mundo, su mundo inverbalizado. Tanto el mundo sabido, como el imaginado o el amado, han de ser, al fin, mundos que se presentan a través de la palabra o de otros signos que, en cuanto tales, algo quieren "decir"; son sustitutos de la palabra y hacen sus veces en un momento dado. Esos signos son palabras escenificadas, simplemente. .

3a. Hoy se han multiplicado las metodologías para la investigación de los hechos antropológicos y socio-culturales. Igualmente se multiplican las técnicas para la ampliación del potencial humano, de su capacidad sensorial, mental, estética, emocional, motora, etc. Alguien podría pensar que a través de su manipulación se amplía automáticamente el universo creativo de la palabra significado. En ese caso, estas técnicas se convertirían, por sí solas, en fuente inagotable de significaciones, de creatividad. Desde luego que ellas merecen un interés extraordinario y que han de ser inolvidables para un verdadero educador. Pero no se olvide que su objetivo es, simplemente, establecer las condiciones ideales en el sujeto o en el objeto a fin de que puedan acceder a su encuentro común. ¿cuál es la condición ideal en términos biológicos, cerebrales, emocionales, sociales, etc. para que el hombre pueda proponerse más completa e integralmente al mundo? Esa es su cuestión fundamental. Pero, en el fondo, lo que interesa es que se cumpla, dentro de las condiciones más favorables, la correlación entre ambos. Regresamos, pues, otra vez, al dualismo consabido. Cada técnica, cada terapia, cada método, en este aspecto,

simplemente articula una relación posible entre los dos factores, pero no genera, por sí mismo, ningún significado nuevo.

La cuestión no es lo que quiero decir, sino lo que puedo efectivamente decir, en el sentido de que tampoco puedo querer, sino aquello que de alguna manera puedo expresar. Mundo real para nosotros es sólo aquel que se in-existencia en la palabra.

La posibilidad creadora de la palabra, no es sino la posibilidad de crear significados.

RESUMEN

POSIBILIDAD Y LIMITES CREATIVOS DE LA PALABRA.

El planteamiento incide en la problemática general de la creatividad propia de la palabra. Sin desconocer la legitimidad de una lingüística entendida de un modo autónomo y como dotada de mecanismos automáticos de autogeneración, que aquí no entramos a discutir, este trabajo insiste en la palabra como "habla", como "lenguaje" de un hombre, no como lengua. Recuérdese a este respecto el pensamiento de Saussure.

Dentro de esta perspectiva, la palabra es asumida como función significativa, semántica. Además de significado, la palabra es un significante, por cuanto, primero, señala y apunta hacia la realidad concreta.

La palabra es un juego con el que el hombre se recrea y a la vez re-crea mundos instantáneos. Tanto cuando el hombre juega a la palabra, como cuando aproxima y reconstruye la realidad con la herramienta de la palabra, ésta ha de funcionar dentro de la unidad estructural que es el acto significativo. Este acto surge, en su singularidad, de la correlación entre el sujeto y el objeto que se encuentran conectados en él. Ambos asistirán a este acto con su configuración concreta, afectados de un conjunto integrado de características y dotaciones que, aunque no se puedan visualizar fácilmente, son perfectamente particulares. Asiste el hombre total, no el científico. o el poeta, o el amante, como tales.

Esa correlación, ese juego de respectividades, es el causante de la posibilidad y de los límites creativos de la palabra. No es la opacidad de los objetos, ni la capacidad grande o pequeña del sujeto. La que decide hasta dónde puede llegar la capacidad creadora de la palabra es la estructura provisional que se funda en la relación de ambos.

La posibilidad creadora de la palabra no es sino la posibilidad de crear significados. Esto es la creatividad.